

En las oficinas de CORRESPONDENCIA ILUSTRADA, Infantas núm. 42, bajo. En la librería de Fe, Carrera de San Jerónimo, núm. 2; en todas las demás librerías, y en el centro de suscripciones, Pasaje del café de Madrid.

En provincias por medio de nuestros Corresponsales, ó escribiendo directamente á esta Administración.

Número suelto: 10 CENTS.



DIRECTOR, D. PEDRO PAGAN.

P. C.
Madrid, 1 mes. 2
Prov. 3 meses. 7'50
PORTUGAL
3 meses..... 7'50

EXTRANJERO
3 meses..... 22'50

ULTRAMAR
3 meses..... 5

ANUNCIOS
Línea..... 60

Comunicados y reclamos, precios convencionales.

Número suelto: 10 CENTS.



NUESTRO GRABADO

Uno de los fenómenos más curiosos y dignos de estudio en el esceptico y despiadado pueblo chino es el movimiento religioso y las prácticas, más ridículas que piadosas, á que se entregan los superficiales adoradores del celeste imperio. El carácter esencial de todas aquellas religiones es el hallarse tan apegadas al Estado, que apenas si tienen otra vida que la recibida graciosamente de manos del Gobierno. Una hay, sin embargo, que puede considerarse oficial; es esta un disforme agregado de las antiquísimas prácticas gentílicas y las teorías casi eclesiásticas de Confucio; el templo en que se rinde culto principal á semejante religion, es el que representa nuestro grabado. Se construyó por los

años de 1420 y se halla situado al Sudoeste del barrio Chino de Pekin, viniendo á ocupar próximamente una legua de circunferencia que llena la inmensa plaza, á la vez asiento del templo y término de la gran calle de Tciene menc. Para llegar á la construcción que pinta nuestro grabado, es preciso atravesar hermosas plantaciones de pinos y acacias que ocultan el edificio por la parte Sud. Todo él se halla constituido de plataformas de mármol que en s rie ascendente sirven como de alas al altar central, adornado de preciosas lámparas, que se encienden el día de los grandes sacrificios. El emperador es el sacerdote que los verifica sobre una preciosa mesa de mármol rodeado de profusa balaustrada.

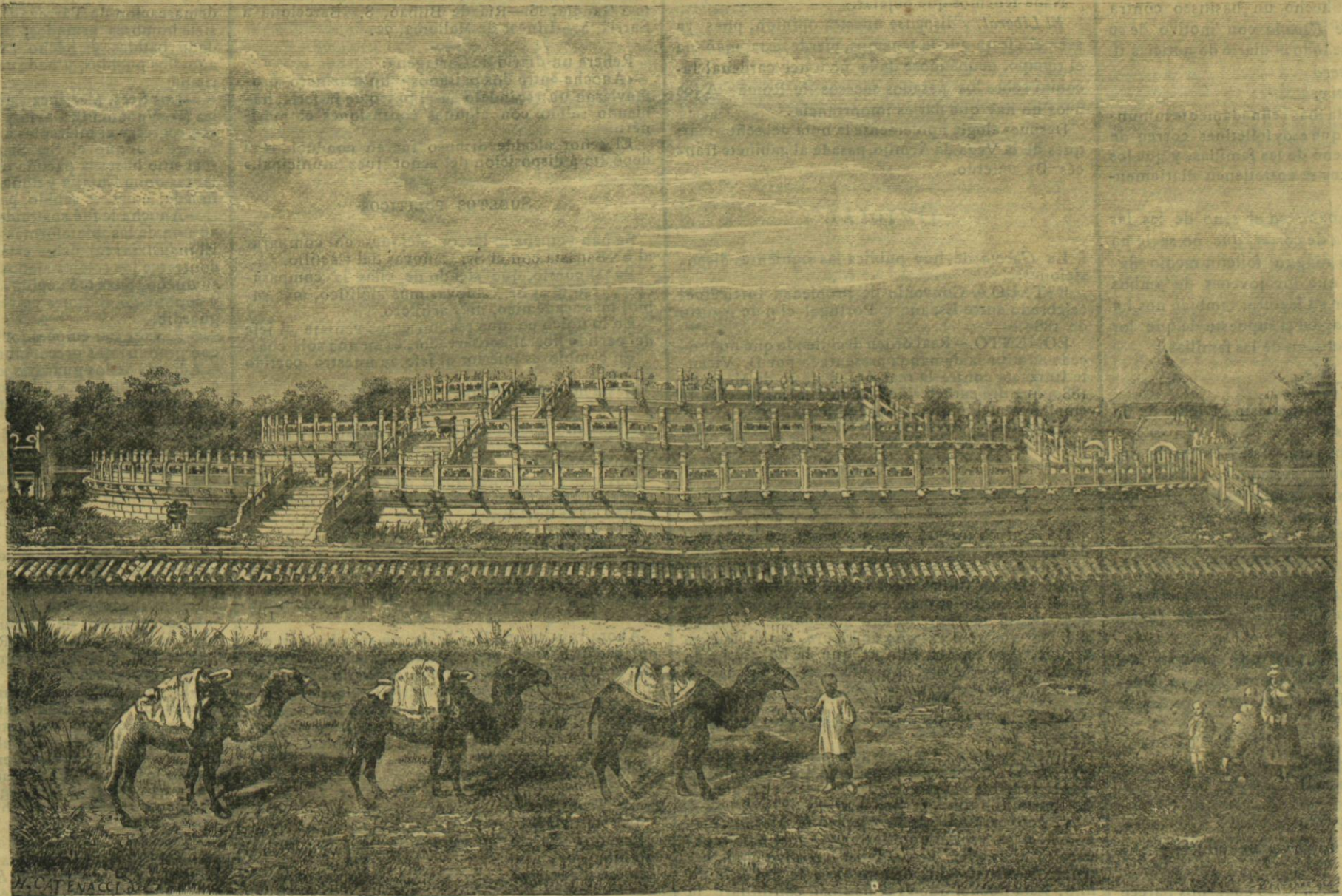
Antes de Confucio se acostumbraban los sacrificios

humanos, pero este innovador supo retraer á los chinos de tan bárbaros hábitos, de que hoy no restan sino alegorías. Negros y jóvenes toros son las víctimas más usuales, que tienen hermosos establos en el mismo templo.

Confucio, como se ve, modificó escasamente las añejas preocupaciones gentílicas relativas al culto; pero en lo que atañe á la creencia interior, en cuanto reguladora de las acciones humanas, sus teorías tienen bastante de epicúreas, al ménos segun se desprende de la interpretacion de sus discípulos, que constituyen el verdadero dogma. Vivir apaciblemente y contento, sin preocuparse de lo que puede suceder despues de la muerte, y procurar mantener el respeto de sí mismo, para tener el derecho de ser respetado de los demás; este el su-

premo fin que el hombre debe proponerse. No mezcló ciertamente el gran reformador las cuestiones sociales y las religiosas; pero sus discípulos, viendo que sólo bajo los auspicios del tiránico y absorbente poder del imperio podía subsistir aquella doctrina, llegaron hasta el absurdo principio de que la base de toda moral colectiva é individual era el Estado; al lado de estas aberraciones, las teorías de los tratadistas de derecho público de los imperios romano y griego, y las erróneas afirmaciones de Bossuet, son pálidos destellos del más denigrante de los absolutismos.

Pero no son estas ni las otras doctrinas las que mantienen al pueblo chino en la más degradada de las servidumbres, sino su propio rebajamiento moral y escaso carácter; pues la gente china es tan



El altar descubierto del Templo del Cielo.

exéptica, como indica el ser entre ella proverbial que sólo en los momentos perdidos se debe orar, y cuando se acerca el último momento de la vida. Por eso no hay pueblo más refractario para recibir el cristianismo, que ha de estar siempre sujeto en ese imperio degradante á terribles persecuciones, entre otras razones, por su independencia respecto al Estado.

El budhismo, que cuenta muchos adeptos y magníficos templos, con haber sido la religion que desde el año 5 de nuestra era viene trabajando en pró de la dignidad humana, ha tenido al fin que supeditarse al Estado y declararse religion semi-oficial. No hay creyente budhista ó de la reforma de Lamas que no tome parte en las ceremonias que en el altar del templo del cielo tienen lugar, ni chino alguno de alta alcurnia que en cierto modo

no crea con el reformador Saotzé, que todo hombre de bien debe habérselas de modo que se mantenga la plebe sin instruccion y sin deseos, y que si el pueblo es difícil de gobernar, consiste en que sabe demasiado.

Una de las cosas que mejor prueban la degradacion y bajeza de los chinos, es que mientras desprecian las doctrinas fundamentales de los falsarios Taosse, y se burlan de las encarnaciones pantelísticas de la razon suprema, acojen como regla de conducta sus ruines, y, para la humanidad, denigrantes consejos morales.

El majestuoso templo reproducido por nuestro grabado, es en realidad un estupendo monumento que la materia ha levantado á la materia; sarcástico emblema de la bajeza humana y dique costosísimo puesto por el nefando génio de la inercia á la vivificadora corriente del progreso humano.

ULTIMAS PALABRAS

DE ALGUNOS PERSONAJES CÉLEBRES.

- Acuña, obispo de Zamora, al verdugo.—«Yo te perdono, y empezando tu oficio, aprieta recio.»
- Adams, J. Q.—«¡Es lo último de la tierra!»
- Ana Bolena, tocándose el cuello.—«Es pequeño, muy pequeño, ¿no es verdad?»
- Bolívar.—«¡Union, union, colombianos! De lo contrario la anarquía os devora.»
- Beaufort (El cardenal de).—«¡Que no haya medio de sobornar la muerte!»
- Byron.—«A descansar ahora...»
- Cervantes.—«¡Esto es morir!»
- Chateaubriand.—«Será grande y triunfará.»
- Chenier, en el cadalso, dándose una palmada en la frente.—«Y sin embargo, ¡aquí hay algo!»
- Dante.—«Venid á mí.»

- Danton, al verdugo.—«Enseña mi cabeza al pueblo. ¡Vale la pena de que la vea!»
- Federico V, de Dinamarca.—«No hay una gota de sangre en mis manos.»
- Goethe.—«¡Luz!... ¡Más luz!... ¡Dejad que entre la luz!»
- Grocio.—«¡Seriedad, señores!»
- Haller.—«Ya no late la arteria.»
- Label de Inglaterra.—«¡Todos mis dominios por una hora!»
- Ignacio de Loyola, á los jesuitas que rodeaban su lecho, señalándoles un globo terráqueo.—«Os lego... el mundo.»
- Jefferson.—«Entrego mi alma á Dios y mi hija á mi patria.»